

## SOBRE LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL: UN MODELO DE ANÁLISIS

### *Concerning the Building of a Nation: a model of analysis*

Xavier FERRÉ I TRILL  
*Historiador*

BIBLID [(2003) 19-20; 319-329]

De un tiempo a esta parte, proliferan los historiadores con intención «desmitificadora». Es lo que convenía. Pero observo que, en la mayoría de los casos, llevan ya el «mito» en la masa de la sangre, y no se dan cuenta de ello: al fin y al cabo, un «mito» es verdaderamente «mito» cuando no es sentido como tal... Las palabras de base, conceptualmente decisivas, son obvias: llevan el cuño de Menéndez y Pelayo. Palabras como «historia», «España», «Historia de España». La cosa es tanto más vistosa cuando algún historiador se desea de «izquierdas» (Joan Fuster: *Contra Unamuno y los demás*: 1975: 85).

El nacionalismo español, como mantiene Álvarez Junco, es el gran marginado en los estudios sobre el marco histórico y social en lo que atañe a la construcción de las naciones<sup>1</sup>. Y acaso es el nacionalismo que por haber conseguido la estructura de Estado (objetivo de cualquier nacionalismo político de liberación nacional), es justamente la forma de ideología nacional dominante, mientras no se demuestre lo contrario, en términos de «identidad política» (p. 20), en el contexto peninsular<sup>2</sup>. Esta hegemonía, pues, es objetivamente sostenible —más si cabe—

1. *La Vanguardia*, 20-I-2002.

2. La opinión bastante idéntica a Álvarez Junco, en tanto en cuanto la consecución final del objetivo estatal de todo nacionalismo en relación al caso español, BLAS GUERRERO, Andrés de: «España: «Mater Dolorosa»», *Claves de razón práctica*, diciembre, 2001, p. 57.

cuando al final del ensayo de *Mater Dolorosa*<sup>3</sup> se alude al hecho de un «patriotismo constitucional»<sup>4</sup> que contemple el ensamblaje entre este nacionalismo e hipotéticamente aquellos otros nacionalismos ibéricos que decidan asumir la vía de identidades compartidas, ya consagradas en los respectivos estatutos de autonomía, pero que aún son vía de polémica política juntamente con los dos partidos mayoritarios españoles representativos del ámbito neoliberal y liberal progresista-socialdemócrata, pero ambos situados, según su interpretación, en un estadio de «posnacionalismo». Por otra parte, se han de tener en cuenta aquellos partidos que sostienen un federalismo pluralista o plurinacional (reducido a un ambiguo «federalismo asimétrico») o bien apuestan por un giro autodeterminista<sup>5</sup>. Y en el contexto abierto por la controvertida apuesta por la superación del nacionalismo como ideología, cabría situar la estrategia, mantenida por los partidos mayoritarios españoles (reflejo lógico del interclasismo del nacionalismo español), del constitucionalismo como lectura acabada del supuesto estado de las autonomías. Dicho esto, si el lector parte de estos últimos veinticinco años, verá que el libro cobra un sentido programático para hacer un cierto balance de los logros del presupuesto nacionalizador que se define como el «continente» cultural y estratégico de los otros nacionalismos regeneradores y no soberanistas. En este último sentido habría también que profundizar una posible investigación con el objetivo de establecer la fiabilidad de hasta qué punto existe un progresivo desarme ideológico de propuestas «periféricas» que inicialmente también postulaban la soberanía nacional y han acabado siendo meros mecanismos reproductores de la ideología —y de la construcción— nacional española. Estas apostillas a posteriori se desprenden, por otro lado, de la metodología de Álvarez Junco, que tiene mucho que ver con las tesis de Eugen Weber, por lo que tienen de incidencia en un idéntico proceso de substitución de

3. ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001.

4. Aunque cabe contextualizar, y por lo tanto matizar este sintagma en el caso español. La propuesta originaria del filósofo alemán Jürgen Habermas hacía referencia a una salida viable para reconstruir la unidad alemana después de 1945 (por lo tanto enfatizando el concepto de *demos* en lugar del *ethnos*), mientras que en la construcción nacional española habría, si cabe, que reformular su ámbito de pertenencia, como nación política, en el debate político con las naciones vasca, catalana y gallega. Para esta reformulación territorial, partiendo de la definición de «nación política», Joan-Francesc Mira: *Crítica de la nació pura*. València: Tres i Quatre, 1985.

5. El fondo de la propuesta constitucionalista, transversal ideológicamente a PSOE-PP, muestra un acuerdo entre intelectuales socialistas como Juan Pablo FUSI, Blas GUERRERO y Eurne URIARTE y conservadores como GARCÍA DE CORTÁZAR: «El viaje del PP al posnacionalismo», *La Vanguardia*, 24-I-2002, p. 14. Otra perspectiva de concepción en cuanto a reconocimiento del federalismo plurinacional en las definiciones de SUBIRATS, Joan; REQUEJO, Ferrán; CAMINAL, Miquel; ROCA JUNYENT, Miquel o MOLAS, Isidre: «Examen al patriotismo constitucional», *La Vanguardia*, 16-XII-2001. Una excelente clarificación metodológica sobre el federalismo como pacto entre naciones desde la igualdad política («El federalismo no está pensado para unir o mantener unidos a quienes no lo desean», p. 105), y por lo tanto, como reflejo último de la conciencia política, superando una mera definición culturalista de nación en Miquel Caminal: *El federalismo pluralista. Del federalismo nacional al federalismo plurinacional*. Barcelona: Paidós, 2002.

identidades territoriales y lingüísticas para acabar en la unificación nacional francesa, iniciada ya, desde el Antiguo Régimen, bajo el Estado absolutista de Luis XIV. Por lo tanto, lo primero que hay que introducir en el debate sobre el nacionalismo de estado es la idea de que para pensar en la construcción nacional-estatal hay que referirse también a procesos de deconstrucción nacionalitaria desde naciones que han sido fagocitadas por el estado nacional o bien por esos mismos territorios que han quedado fragmentados y sometidos entre dos estados. A un proceso en «positivo» de construcción nacional, territorial, del Estado le corresponde un proceso de eliminación, o *ghettización*, de identidades<sup>6</sup> que partiendo de la soberanía política —léase constituciones— han acabado en departamentos administrativos. Esto quiere decir que de la lectura del libro en cuestión hay que destacar la conjunción entre nacionalismo cultural, político y la construcción de una frontera política, para comprender el objetivo último —cohesión territorial— por parte del Estado que se quiere uninacional. Por este motivo no se trata sólo de pensar en una identidad cultural, sino, básicamente, en una identidad material, territorial, que a su vez deriva hacia un planteamiento de ordenación —geoestratégico— del territorio en términos multisectoriales. Así, la geografía política y económica tienen mucho que decir en lo que atañe a la legitimación de la realidad nacional «fabricada» desde los estados. Mostrar el proceso de construcción nacional desde un Estado que identifica un proceso de construcción política con un marco mononacional requiere una metodología que profundice en las coyunturas históricas en función de los mecanismos culturales y sociales que aglutinen singulares impulsos nacionalizadores.

En este sentido la investigación que nos ocupa fija la constatación de que el hecho de «hacer españoles» —sujetos nacionales de imputación política: ciudadanía— no ha sido tan limitado como la historiografía reciente aduce<sup>7</sup>, pero sí que queda como apuesta para otras interpretaciones historiográficas buscar una vía conjunta peninsular que conlleve una «cultura cívica espanyola», «àmpliament compartida per tots els ciutadans ja al mateix segle XIX»<sup>8</sup>. En cualquier caso, Álvarez Junco acierta a decir que existe una voluntad de seguir la línea jacobina francesa, pero que la insuficiencia reside en las coyunturas de gobierno conservadoras, cuando éstas no asimilan el concepto clave que comprende la movilización/incorporación hacia la «socialización de la población en la identidad nacional» (p. 522). Es decir, el hecho de construcción de la identidad española, objetivo de la investigación, sigue el camino político de los diferentes gobiernos españoles, ya sean liberales o

6. Es significativo destacar, como ejemplo de capacidad decisoria del nacionalismo español, hasta qué punto representantes del Estado español en naciones sin estado, deciden controlar programas educativos en lenguas no españolas. Así el delegado del Gobierno español en Euskadi, Enrique VILLAR, identifica «limpieza ideológica» con el hecho de mantener la obligatoriedad del conocimiento del euskera para acceder a empleo público. *La Vanguardia*, 12-II-2002.

7. RIQUER, Borja de: «Reflexions entorn de la dèbil nacionalització espanyola del segle XIX», *L'Avenc*, 170 (1993), pp. 8-15.

8. RIQUER, Borja de: *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*. Vic: Eumo, 2000, p. 266.

conservadores, para insistir en el protagonismo —hegemonía intelectual— social del *nation-building* español en función de ciclos políticos que se desplazan desde los prolegómenos de la España Moderna (siglos XVI-XVIII) hasta los gobiernos isabelinos y restauracionistas. Pero como constante histórica (el código cultural es lo determinante) se perfila la adscripción hacia estrategias políticas nacionalizadoras que comportan progreso o estancamiento social. La nación, por lo tanto, no es un epifenómeno, sino que está en función de concepciones políticas superadoras, o no, del Antiguo Régimen. O, dicho de otro modo, la construcción nacional refleja la transición de la comunidad (precapitalista-identidad anacional) a la asociación (industrialización-conciencia política). Por ello, la ruptura o continuidad con la etapa de la monarquía no constitucional será un signo de avance hacia la organización civil de la nación. Y éste es un primer hecho a destacar a lo largo del ochocientos español: bajo la hegemonía conservadora existe menos socialización nacional que bajo gobiernos liberales.

Así, en el debate de la crisis del Antiguo Régimen, y comparando el caso español con la emergencia del nacionalismo contemporáneo, nuestro historiador toma como un indicador de aquella construcción nacional el ciclo «1808-1814» como inicio definitivo del sentimiento español ante el Ejército napoleónico<sup>9</sup>. Pero ese patriotismo civil se tiene que comparar también con la evolución del hecho nacional en otros ámbitos de pertinencia. Esto último puede demostrar las hipotéticas contradicciones identitarias bajo la transición hacia una sociedad industrial en el caso catalán, y marcado con una progresiva hegemonía de un primer catalanismo de base liberal, según ha estudiado Pere Anguera para el marco entre 1808 y 1868<sup>10</sup>. Pero acto seguido, Álvarez Junco también constata que la respuesta iniciada en 1808 fue más que un rechazo contra el Ejército francés, un acto de afirmación popular; lo que quiere decir que en este episodio se acumula el proceso de ruptura con una identidad de tipo monárquico, propia del Antiguo Régimen, para dar paso a la afirmación de la ciudadanía o soberanía nacional. Y precisamente en el antagonismo surgido hacia la viabilidad de la nacionalización popular, por parte de las clases sociales propias de un estado tardofeudal, es donde radica la centralidad explicativa de la hipótesis del ensayo. Por este motivo es justa la crítica hacia las fuentes historiográficas que inducen a pensar en la débil construcción nacional española. Y eso no es así. En interludios de la investigación, como el mostrado bajo el período del romanticismo, se constata, como no podría ser de otra manera, la convergencia entre identidades —literarias, lingüísticas— regionales y el hecho de una única conciencia *política* nacional. Pero para demostrar esta complementariedad

9. Este marco coincide con la concreción del ámbito 1808-1840 como el del «nacimiento de la nación española». Cf.: GRANJA, José Luis de la; BERAMENDI, Justo y ANGUERA, Pere: *La España de los nacionalismos y las autonomías*. Madrid: Editorial Síntesis, 2001, pp. 16-19.

10. ANGUERA, Pere: *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anticentralisme: 1808-1868*. Barcelona: Empúries, 2000. Y del mismo autor: «Entre dues possibilitats: espanyols o catalans?», *Del patriotisme al catalanisme*. Vic: Eumo, Universitat de Vic, 2001, p. 337.

entre identidad cultural y política —y agradeciendo al autor el hecho de mantenerse en la «distancia epistemológica» (p. 24)—, la investigación recorre el período entre 1808 y 1898 con las etapas de difusión o socialización del espíritu —o patriotismo— constitucional, aunque el regeneracionismo del '98 devenga un pesimismo nacional ante el surgimiento del imperialismo americano y la independencia de Cuba y Filipinas. En este punto cabe destacar, como preámbulo, un cierto patrioterismo explicitado cuando España quiere *emerge*r como potencia colonizadora a partir de la campaña en el norte de África entre 1858-1863. Por lo tanto, y para impulsar un estadio popular de conciencia nacional entre los años sesenta y el fin del siglo XIX, se asiste a una «retórica patrioter» y al recurso de una supuesta «raza superior» (p. 511), todo ello para «fecundar el árbol de nuestra nacionalidad» (pp. 512-513). Ésta era la faceta «nacional-imperialista» de un nacionalismo que intentaba una proyección exterior e interior apoyado, como bien dice el autor, en las clases medias urbanas, hecho de extraordinario interés para caracterizar la irradiación del nacionalismo y la socialización simbólica nacional entre las capas mayoritarias de la sociedad (p. 520). El nacionalismo, pues, como programa político policlasista. De esto se concluye que una nación tampoco es ningún invento de los intelectuales. Lo que es un hecho *interpretado* (comunidades imaginadas, como refiere Benedict Anderson) es la lectura del pasado en el contexto de vías políticas nacionalistas. Todo Estado, pues, requiere un programa cultural que tiene que ser socializado y, por lo tanto, en ese índice de prioridades la pieza angular es la representación de un imaginario histórico que tiene que hacer las funciones de memoria nacional, para que induzca a una tendencia de la afirmación de la voluntad general o política. ¿Qué es pues la nación? Un grupo social que se basa en el olvido, como se desprende de Ernest Renan. Un olvido que quiere decir una *peculiar* lectura de lo-que-se-ha-sido: ¿Cómo se representa, *introspecciona*, un pueblo ciertos eventos históricos; cómo llegan éstos a la coetaneidad? Así cabe aducir que toda nación está articulada a través de símbolos que necesitan de un sujeto histórico para que sean «apropiados» y activados hacia la mayoría social. Ello quiere decir que la ideología nacional es un hecho que necesariamente tiene que ser transversal y, por este motivo, es del todo inoperante mantener la identificación exclusiva de la nación con los notables, ya que la aristocracia no representa al conjunto de la nación. Hasta aquí, una cierta recepción del código rousseauiano de la voluntad general es vital para la legitimación de un Estado, ya que se es Estado si se es nacional, es decir en términos de representatividad. Pero llegados a este punto se plantea el hecho de que existen identidades mononacionales y plurinacionales. Si se toma la dualidad de esta hipótesis, *Mater dolorosa*, recorre la «evolución del españolismo en su conjunto» (p. 23) y, por lo tanto, desde el nacionalismo de estado. Es decir, esta investigación es relevante en lo que se refiere a procesos identitarios de un nacionalismo que se asocia a un conjunto étnico-nacional y que, a la vez, se quiere representativo de las naciones minorizadas o entes políticos que han tenido legitimidad estatal *hasta* la integración en ese mismo conjunto estatal. De este modo, Álvarez Junco resigue un sólo proceso de construcción nacional, a la vez que

introduce, en la última parte de la obra, el hecho del surgimiento de los procesos de construcción alternativos al estatal, desde lo que se define como «periferia» peninsular y que no es otra cosa que los procesos de socialización nacional vasco, gallego o catalán. En este sentido, concretar este último hecho necesita de obras como la referida, para indicar en su conjunto la hipotética contraposición con la identidad nacional dominante, desde la formulación de un «liberalisme vuitcentista d'arrel francesa», movilizad para reflejar un proyecto «de ser modern i amb neguit cultural», que legitimaría «les formulacions reivindicatives de la personalitat diferenciada dels catalans i la voluntat de plasmar aquesta diferència d'arrel històrica en l'estructura administrativa»<sup>11</sup>. Este proceso se plasma, en el caso catalán, en un «sentiment de catalanitat» que sería la base de la posterior construcción nacional en el conjunto de los Països Catalans a partir de la recepción del romanticismo progresista, desde la simbología e ideario colectivo, que están siendo investigados para el conjunto del Estado español<sup>12</sup>.

Pero de cualquier modo, *Mater Dolorosa* apunta que en el primer tercio del siglo XIX la identidades no españolas se identificaban regionalmente con el programa educacional del estado, aunque constatando también que «no està resolt lo problema de si s'pot fondre una gran nació, formada de diferents pobles y de distint origen, en una sola família, volent imposar un de ells tot lo que li es propi als demés»<sup>13</sup>. Y ello no tiene que extrañar ya que durante el segundo tercio del ochocientos es cuando España, como nación en construcción, marca un giro decisivo en cuanto al programa de homogeneización territorial. Es decir cuando de «hacer nación» se pasa al planteamiento de socializar la nación, siguiendo al menos formalmente la idea de ciudadanía nacional propuesta como condición básica en la consecución de la unificación italiana.

Por ello, tampoco tiene que extrañar que en este período de giro hacia el reconocimiento de una nación política, el compromiso de las ciencias sociales o, como destaca el autor, también las menos susceptibles de suscitar una legitimación nacionalizadora (Álvarez Junco propone la arqueología), se vuelquen en construir una memoria histórica —las Historias de España con voluntad nacional<sup>14</sup>— que funcionen como registro pedagógico-político para educar, alfabetizar, en un único sentido: democratizar la socialización de la conciencia nacional. El objetivo

11. ANGUERA, Pere: «Catalanisme i integrisme», *El catalanisme conservador*. Girona: Quaderns del Cercle, 1996, pp. 53-54. Y también Pere Anguera al estudiar la tradición liberal catalanista en el siglo XIX en *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anticentralisme: 1808-1868*. Barcelona: Empúries, 2000. Las citas pertenecen a las páginas 7 y 25. Para un Cuadro histórico que parte de la crisis del Antiguo Régimen, *ob. cit.*, 24-25.

12. DD.AA.: *Símbols i mites a L'Espanya Contemporània*, Edicions del Centre de Lectura de Reus, 2001.

13. ANGUERA, Pere: *Escrits polítics del s. XIX. Catalanisme cultural*. Vic: Eumo, 1998, p. 10.

14. Un excelente análisis sobre la construcción de la memoria histórica contemporánea se puede consultar en PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: «La creación de la historia de España». En *aut. cit [ed.]: La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*. Barcelona: Crítica, 2000.

era disponer de «archivos de la memoria» del pasado para proyectar la existencia como país. Y precisamente la clarificación e impulso del hecho de sentirse formar parte no sólo de un «patriotismo étnico», prepolítico, en cuanto a la no formulación de un marco nacional aún imperial (marcado finalmente por el paso de imperio a nación)<sup>15</sup>, sino en la formulación de un patriotismo que aboga por delimitar un ente político —el Estado— con una base de identificación territorial, es lo que también se reconoce metodológicamente con el proceso de irradiación del hecho nacional desde las elites hacia el conjunto de la sociedad. Y *Mater Dolorosa* incide precisamente en los códigos políticos de los intelectuales que, situándose en el polo liberal o en el conservador, presentan dos mensajes distintos sobre la nación española. Desde el liberalismo se acentúa el vínculo de la nación con la soberanía popular, mientras que el conservadurismo presenta un modelo de nación basado en el tradicionalismo. Y es de remarcar cómo existe una hegemonía, a partir de las Cortes de Cádiz, con la constitución de 1812, del programa nacionalista liberal, proyectado hasta el primer tercio del siglo XX por medio de un nacionalismo liberal entre orteguiano y azañista<sup>16</sup>, pero que entraría en polémica, por ejemplo, con el nacionalismo republicano catalán de tradición autodeterminista confederal (como es el caso del teórico autodeterminista Antoni Rovira i Virgili). Este tipo de nacionalismo, pues, daría paso al populismo ultraconservador y al fascismo falangista. Así cabría matizar la aseveración del autor cuando propone que «la nacionalización de la vida política había sido completa en 1931-1939» (p. 606), cuando es sabido que en el período republicano, de marcado signo político heterogéneo en Cataluña y España, se había organizado en la vida nacional catalana toda una construcción identitaria alternativa (el federalismo nacional) a la del propio código republicano español (el Estado integral), con el cual entraría en dialéctica, ya sea cuando la proclamación de la República Catalana por Macià o con la proclamación de l'Estat Català por Lluís Companys el 6 de octubre de 1934 o la ofensiva españolista después de los hechos de mayo de 1937. Dicho esto, es factible plantear, a partir de este trabajo, un paralelismo entre las propuestas nacionalizadoras de los liberales hasta la vuelta al poder del absolutismo de Fernando VII —nuevamente especificadas en el Sexenio revolucionario de 1868-1874 y continuadas con las estrategias políticas de las elites republicanas de los años treinta— para establecer puentes de contacto, ya en el postfranquismo, con el retorno del espíritu de la ilustración por parte de los gobiernos socialistas entre 1982 y 1996. De este ciclo cabe deducir que el franquismo había sido un obstáculo para la cohesión nacional interclasista<sup>17</sup>. Por

15. Este proceso ha sido definitorio de una débil consciencia nacional española, según GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando: *La Vanguardia*, 7-II-2003, p. 38.

16. BLAS GUERRERO, Andrés de: *Tradición republicana y nacionalismo español*. Madrid: Tecnos, 1991.

17. LÓPEZ FACAL, Ramón: «La nación oculta» en Juan Sisinio..., p. 114. Un estado de la cuestión sobre el concepto de cohesión territorial a partir de la aprobación de los estatutos de autonomía y de la implementación de sectores mayoritarios de los nacionalismos «periféricos» en torno al principio de identidad dual (Estado/comunidad autónoma), así como las alternativas soberanistas al modelo intervencionista

lo tanto, la tesis de Álvarez Junco, relativizadora del fracaso de la socialización de la conciencia identitaria española, se ve ratificada si se extiende la panorámica hasta la España surgida de la reforma democrática, precisamente para constatar que la «crisis de penetración del Estado» en el siglo XIX hay que analizarla para observar también logros esenciales en todo él entramado de culturización y formulación de un imaginario simbólico y material (desde las comunicaciones, con el surgimiento del sello de Correos en 1850 como representación-identificación de un único mercado nacional, hasta la creación de estratégicas fuerzas coercitivas como la Guardia Civil en 1844 y el decisivo sistema nacional de educación a partir de la ley Moyano de 1857)<sup>18</sup>. Pero en todo este contexto, también hay que destacar, fuera del ámbito liberal, el papel de ideólogos modernizadores como Jaume Balmes (1810-1848) que, como contempla el ensayista, concilia moderantismo, carlismo y la idea de nación. Era el sector neocatólico fuera ya del catolicismo integrista y del doctrinarismo de un Donoso Cortés. A Balmes se debe, por tanto, la interpretación nacional que se contrapone al catolicismo del Antiguo Régimen, opuesto a una idea de nación secularizada y mantenedor de una identificación política entre monarquía y religión. En este sentido la aportación de Balmes —como ejemplo clave de l'obertura de pensament<sup>19</sup> de la primera mitad del XIX— es fundamental para reglamentar un catolicismo modernizante, reformador, abierto al pacto entre liberales y carlistas, y superador de las esencias neofeudales (pp. 406-408), pero también opuesto a las concepciones anticentralistas que abogaban por un espíritu secesionista<sup>20</sup>. Por ello no es de extrañar que este pensador sea aceptado como referente de un cierto espíritu modernizador de las estructuras ideológicas en un contexto internacional que se debate entre la difusión de la ideología revolucionaria de 1789 y la propuesta tradicionalista de 1815 (Congreso de Viena). Balmes suponía una tercera opción que conciliaba el industrialismo con una doctrina pactista<sup>21</sup>. Dicho esto, lo que preocupa, pues, acertadamente a Álvarez Junco es demostrar que se daba un continuado esfuerzo por construir un «invento de la tradición» para cohesionar todo un territorio, pero la clave de la limitación identitaria española cabía encontrarla en la crisis de la modernización del Estado. Ahí estaba la causa explicativa de que aunque España había conseguido socializar los

---

del autonomismo (político) en GRANJA, José Luis de la; BERAMENDI, Justo y ANGUERA, Pere: *La España...*, pp. 193-253.

18. Un detallado análisis del establecimiento de la educación pública en España, entre 1857 y 1900, identificada como «cuestión de poder» en BOYD, Carolyn P.: *Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor, 2000, pp. 23-52.

19. BATLLORI, Miquel: *Galeria de personatges. De Benedetto Croce a Jaume Vicens i Vives*. Barcelona: Editorial Vicens Vives, 1975, p. 220

20. Pere ANGUERA ha sistematizado el pensamiento político de Balmes en cuanto a su contraposición a un emergente protocatalanismo liberal y urbano en *Els precedents...*, pp. 207-209.

21. Un claro ejemplo reciente de esa reivindicación por parte de la historiografía española en JOVER ZAMORA, José María; GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y FUSI, Juan Pablo: *España: Sociedad, Política y civilización (siglos XIX-XX)*. Madrid: Debate, 2001, p. 227.



atributos nacionalitarios en grado más concluyente que monarquías como la Rusia zarista o la turca, se ubicaba en cambio en menor situación de ventaja con respecto a Francia. Por ello es de interés haber clarificado con un ensayo de conjunto el hecho de que España se sitúa en un grado medio de construcción nacional a lo largo del siglo XIX y primer tercio del siglo XX; que en el ciclo de hegemonía exterior de los nacionalismos europeos entre 1890 y 1926 el Estado español está subsumido en una introspección para superar el marasmo (o una cierta anomia social), y que una respuesta a una crisis de su legitimidad es la etapa de expansión de procesos de construcción nacional alternativos surgidos desde las naciones sin estado peninsulares. Y en el caso de Cataluña ello es muy significativo para observar la vinculación cultural hacia Europa, aspecto que no había podido realizar una cultura política aún lastrada de ideología y actitudes muy próximas al Antiguo Régimen.

De la investigación cabe destacar por lo tanto el estudio de un fenómeno político, como es el nacionalismo estatal, desde la historia de las ideas y de la cultura, haciendo especial atención a la simbología que se desprende de toda idealidad nacional. Así, el recurso a la historiografía, con los «mitologemas» nacional-católico o liberal, explicativos de la interpretación del pasado como «unidad política y religiosa» o bien a partir de la tradición de la «soberanía nacional» (p. 431), nos muestra el programa —a modo de una excelente síntesis de los imaginarios colectivos conservador y progresista— subjetivador del «recuerdo» extensible hacia las capas populares, como refería acertadamente Rafael Altamira<sup>22</sup>. Así, como mantiene el autor, no es lo mismo situar la interpretación de la Decadencia, como hacían los conservadores, en el siglo XVIII ilustrado, por ser considerado «antiespañol», o indicar que el ciclo de «Redención» se inicia, para los liberales, con la «soberanía nacional». Con todo, cabe destacar la común interpretación cíclica de la historia (Origen-época dorada-decadencia-regeneración) ya fuese teorizada posteriormente por Spengler o por Toynbee.

Pero teniendo en cuenta estas dos concepciones del mundo a través de los mitos-referentes-nacionales, cabe añadir los instrumentos que, por ejemplo, desde la estética, se recurre a fijar esos lugares de memoria en el conjunto de la sociedad. Así el autor contempla muy bien la función de las artes escénicas musicales. El análisis de proclamas populares, de versificaciones, del cancionero, o la evidencia de la dimensión claramente españolizadora de la zarzuela dan al volumen el valor de ejemplo en cuanto a la manera de abordar el nacionalismo de Estado, no como un hecho puramente economicista o radicado en la clase dominante. En este sentido, Álvarez Junco, emplaza el debate en términos no historicistas o acríticos, situando la reflexión sobre el nacionalismo en el necesario estadio de la concreción —mediante la legitimación de todo el aparato simbólico apuntado— de la voluntad política, ya

22. «La historia que nos interesa socialmente no es la que conocen los profesores, sino la conocida por el español de la calle que, en virtud de su conocimiento del pasado interviene a menudo en la historia contemporánea como un actor y colaborador», *apud.* BOYD, Carolyn P.: *Op. cit.*, p. 15

que, como propone acertadamente el autor, el Estado es el preconcepto organizativo y *racionalizador* de la nación. Y este hecho estructural y determinante también permite entender las respuestas identitarias a ese nacionalismo hegemónico, por parte de naciones que, idénticamente a la construcción del Estado nacional, proponen, en torno a la primera mitad del ochocientos, una cierta evolución primordialista, etnicista-cultural, que se concreta, partiendo del federalismo no unitarista, en la aplicación de la voluntad política como factor definidor de la nación. Por ello es adecuado el planteamiento introductorio de este tema bajo el epígrafe «El nacimiento de las identidades que rivalizan con la española» (pp. 593-600). Pero también hay que plantearse hasta qué punto este surgimiento de naciones «ocultas» se produce por una mera razón de un desarrollo desigual, «lo que produjo, naturalmente, un proceso de modernización cultural también desequilibrado» (p. 595), siguiendo el autor las tesis de Nicolás Sánchez Albornoz sobre la economía dual. Si este factor hubiera sido suficiente para explicar el origen de otras identidades nacionales, quiere decirse que el Estado, construido racionalmente en cuanto a fines iguales para todos los territorios, hubiera sido suficiente para cuestionar la evolución nacionalista ibérica. Pero precisamente los procesos de sustitución cultural, lingüística, de aculturación, concretan unas trayectorias plurinacionales que resisten el hecho de una mera racionalización, modernización del Estado. Así, nos encontramos con el hecho de emergencias étnicas y políticas con anterioridad al siglo XIX que, por lo tanto, responden a los mecanismos de intentos unificados implícitos a la corona de Castilla desde el siglo XVI en el caso de las germanías valencianas, como proceso simultáneo a la castellanización de las elites<sup>23</sup>, y en el XVII con el alzamiento campesino dels Segadors contra el conde duque de Olivares, hecho que destacó el distanciamiento entre Cataluña y la monarquía hispánica. En este punto no es necesario profundizar en el ciclo transcurrido contra Felipe V entre 1707 y 1716 por parte del austracismo de la confederación catalana-aragonesa, en cuyo contexto se perdieron «les possibilitats d'avançar en una direcció de progrés»<sup>24</sup>. Estas respuestas que se incluyen igualmente en el patriotismo étnico están en la base, a modo de Anales históricos, de la simbología nacional catalana.

Pero más allá de los acontecimientos históricos hay en el texto que nos ocupa una aportación fundamental que el autor suscribe a partir de una cita tomada de la antropología filosófica en palabras de Casirer: el reconocimiento de la relevancia

23. Cabe remarcar cómo en el caso de las Germanías valencianas, los partidos nacionalistas republicanos del País Valenciano, siguiendo también la interpretación presentista de la reivindicación de las libertades del Antiguo Reino de Valencia (en función de lo propuesto por Álvarez Junco en cuanto al programa historiográfico español), proyectaban este hecho histórico para concienciar a las capas urbanas. DURÁN, Eulàlia: *Les germanies als Països Catalans*. Barcelona: Curial, 1982, pp. 33-35.

24. Para el estudio de la crisis de la monarquía hispánica en la Guerra dels Segadors, SERRA, Eva: «El pas de rosca en el camí de l'austracisme», *Del patriotisme...*, p. 76. Para una interpretación de conjunto de los derechos políticos de Cataluña en la derrota contra Felipe V: FONTANA, Josep: «La Guerra de Successió i les Constitucions de Catalunya: una proposta interpretativa», *Del patriotisme...*, p. 27.

explicativa del universo simbólico (p. 20). Este factor, a menudo soslayado, encamina interpretaciones que parten de la propia concepción de los sujetos para comprender al menos las actitudes y marcos de pertenencia que los *personalizan*. Desde este punto de vista, esta investigación es un buen ejemplo de que, lejos de las filias ideológicas anti o pro nacionalistas, se puede proporcionar una lectura *substantiva* del sentido, del porqué y cómo surge la identidad nacional que requiere fundamentalmente una estructura política estatal y una estructura social interclasista, no polarizada en oligarquías, para iniciar y reproducir un proceso de construcción nacional. También el hecho nacional se traduce en hecho social para ser analizado en función de programas políticos que socialicen la conciencia nacional, no tan sólo en términos de nación cultural, sino en la dimensión de nación política, como factor último de la identificación con un ámbito nacionalitario. Y, en este sentido, las contradicciones de un estado moderno en construcción evidencian las limitaciones y superaciones de la socialización identitaria.